

**Nemesio De Lara Guerrero**  
 Presidente de la Diputación  
 de Ciudad Real

# Normales

En la aventura de la vida, pero, principalmente de nuestra vida en común, van produciéndose, como en cualquier momento histórico, mutaciones del comportamiento colectivo que, de manera más científica en como yo lo hago, podrían interpretar los sociólogos y que, casi inadvertidamente, van incorporándose al campo de nuestros valores más cotidianos, como si realmente no sucediera nada.

Las acepciones «normal», «anormal», «especial», «superior», se aplican a distintos campos de nuestra conducta, sin que nadie osemos parar a discernir si esos adjetivos hubieran sido aplicables hace unas décadas en situaciones análogas, o si lo serían ahora mismo, el seno de otras sociedades con las que no compartimos cercanía o pertenencia.

Si preguntáramos a la primera persona que viéramos por la calle qué significa para ella la palabra «triunfador» nos podría ofrecer respuestas variopintas. No andaríamos muy desencaminados al intuir: «el que se hace rico», «el que ha llegado a su más alto nivel de su escala profesional», «el que gana las elecciones», «el que conquista un título deportivo, musical o artístico de cualquier índole».

Si preguntáramos por personajes populares aparecería nombres de caras televisivas que se repiten con mayor frecuencia, con independencia de sus méritos genuinos o de su esfuerzo personal.

Si preguntáramos por portadores de valores destacables en ámbitos más próximos se singularizaría respecto a un funcionario conocido, probo y cumplidor, a un padre que atiende escrupulosamente sus deberes familiares, al miembro de una ONG que dedica parte de su tiempo libre a aplicar su actitud solidaria, a un voluntario de protección civil, a un auxiliador de enfermos, etc.

En el extremo de los desconocidos o ninguneanos nos situaríamos los que hacemos de la rutina y el descompromiso nuestro deambular habitual.

Premiamos en definitiva, por un lado, al actor del escándalo, la proeza sensacionalista, o, sencillamente, al resultado de la fusión de un óvulo y un espermatozoide de productos conocidos. Por otro, al que fue parido con unas cualidades genéticas o innatas para dar espectáculo o entretenimiento en nuestro tiempo de ocio. Y, por otro, al ser humano que objetivamente, bi-



blia o catón en mano, debería resultarnos absolutamente natural. Sin embargo, son nuestros campeones, nuestros arquetipos, los gladiadores de nuestras soñadas proezas, nuestros primus Inter pares.

Podría acabar aquí este insustancial artículo y sentir un cierto desahogo personal. Pero quiero gritar que no deberían resultarnos es-

pecialmente admirables:

-Los funcionarios que cumplen con su horario y sus cometidos, a quienes religiosamente pagamos los contribuyentes.

-Ni la administración que es ágil y atenta con los administrados, que para eso está.

-Ni que sale en defensa de las mujeres maltratadas, víctimas de degenerados.

-Ni los políticos que no insultan a otros políticos o no se van de caza en tiempos de catástrofes.

-Ni los estudiantes capacitados que sacan buenas notas.

-Ni los policías que detienen a los delincuentes.

-Ni el futbolista que gana miles de millones.

-Ni el torero encumbrado que eligió libremente su profesión.

-Ni el ministro que firma la licencia de vuelo de un aeropuerto cuando los solicitantes han cumplido estrictamente con sus deberes.

-Ni el dotado cantante de Operación Triunfo.

-Ni la Diputación que aplica un dos por ciento de sus ingresos ordinarios a la Cooperación Internacional al Desarrollo.

-Ni los padres que cuidan de sus hijos.

-Ni los hijos que no se «desembarazan» de sus padres ancianos.

-Ni el médico que salva la vida de un enfermo.

-Ni el ciudadano que integra a un discapacitado.

-Ni el científico bien pertrechado de recursos que descubre una vacuna contra el SIDA.

-Ni el empresario que emprende.

-Ni el trabajador que trabaja.

-Ni el sindicalista que reivindica derechos laborales.

-Ni el Rey que reina.

-Ni el investigador que investiga.

-Ni el que ama y protege la naturaleza.

-Ni el docente que enseña bien.

-Ni el banquero que gana mucho dinero.

-Ni el cura que predica el Evangelio.

-Ni el juez que juzga con justicia justa.

-Ni el que da de comer al hambriento.

-Ni el que da de beber al sediento.

-Ni el que sufre con el que sufre.

Todos ellos están cumpliendo con su obligación. Están actuando con normalidad. Son normales. Ni más ni menos.

¿Se han preguntado ustedes alguna vez a dónde nos llevará esta civilización (¿) que coloca pedestales bajo los pies de los «normales» para hacer menos vergonzosa e impúdica la existencia de los cómodos, de los relajados, de los hipócritas, de los sumisos, de los encubridores, de los aprovechados, de los tibios, de los conformistas, de los insolidarios, de los materialistas?

A dónde nos llevará cuando encumbramos a los «antonio-davides», «rociños», «yolaberrocales», «tonigeniles», «carminas» y demás jarca ya que lo habrán preguntado y respondiendo muchas veces.

(Jamás reprobaría a quienes colocaran en pedestales que llegarán hasta el cielo a la madre Teresa de Calcuta o a Monseñor Arzobispo Romero, por ejemplo).

# SIXTO

**Aduana, 21**  
**Telf.: 926 424991**